



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

APÉNDICE 6

SALARIO MÍNIMO

Por el General de División
Abelardo L. RODRÍGUEZ

Secretario de Industria, Comercio y Trabajo
1932

I. *Los actuales salarios en México.* Tiempo hace que nuestra experiencia en la administración de los negocios públicos del Territorio Norte de la Baja California, nos demostró la necesidad social de los buenos salarios, y más tarde la meditación sobre las condiciones económicas de nuestro pueblo nos ha sugerido escribir estas líneas, iniciando una intensa campaña con la cooperación de todos los organismos nacionales, en pro del mejoramiento del standard de vida de las clases trabajadoras. En consecuencia, no serán nuestras ideas una apología ni una inculpación; pero sí, expresarán con llaneza y sinceridad lo que sentimos y lo que pensamos, quedando al margen de todo sectarismo obcecado y procurando adentrarnos en el problema nacional de los salarios elevados como obra de beneficio colectivo.

La baja alarmante que ha sufrido nuestro pueblo en el poder adquisitivo de todos sus individuos, debe ser objeto de la más meditada y preferente atención dentro de los diferentes sectores económicos de producción, circulación, distribución y consumo. Todos ellos deben concurrir, por su provecho y el de la colectividad, a la pronta solución de los problemas que entraña ese empobrecimiento general, que afecta igualmente al capitalista que al propietario, al gran señor que al burócrata-

ta, al obrero que al trabajador del campo. Todos, sea cual fuere su actividad o sus ideas, con el daño que reciben del empobrecimiento de nuestra economía pagan su tributo proporcional del enorme mal colectivo.

Naturalmente, la actual crisis que ha desquiciado el concierto mundial tiene sus fuertes repercusiones lógicas en nuestro país, pero no se nos oculta que el problema mexicano reviste características fundamentales muy propias, de tal manera que si en un momento dado se solucionara satisfactoriamente la crisis general, nuestro malestar subsistiría, porque su esencia, su médula, radica aún en las desigualdades de oportunidad fortuna y cultura que muchos años hace encontró en México el espíritu observador del gran Humboldt, aunque para bien nacional la Revolución Mexicana ha logrado muy importantes realizaciones tendientes al establecimiento de un justo equilibrio económico y social.

Una de las causas de la existencia y constante crecimiento de la miseria en el país e indudablemente la que más ha ayudado a su multiplicación en los presentes días, son los salarios bajos, los sueldos acortados hasta el mínimo extremo donde se levantan los linderos del hambre perpetua. Por dondequiera que extendemos la vista: en las industrias florecientes, en las que apenas medran, en las grandes haciendas cuyos graneros guardan el maíz, el frijol y el trigo que alimentan a nuestros dieciséis y medio millones de habitantes, en las oficinas y despachos particulares o en los establecimientos industriales, constatamos que en la clase de los trabajadores más numerosos, como son los empleados inferiores, obreros y peones humildes, los salarios resultan siempre de hambre, pues no pasan de unos cuantos centavos al día, que con dificultad ascienden al peso, o que llegado a él, se disminuyen lamentablemente por la falta de pago del domingo o de otro día de descanso obligado, al que el trabajador

renunciaría con gusto por lo que representa de ayuno para él y sus familiares. En realidad, el más simple sentimiento humano nos obliga entonces a pensar que tal situación es intolerable y que quienes estamos en condiciones de hacerlo, tenemos obligación de procurar el remedio de tamaña injusticia.

El salario mínimo nacional y posiblemente en muchas ocasiones aún el sueldo máximo, nunca ha sido bastante para satisfacer las necesidades normales de la vida del trabajador o del empleado de baja graduación, y menos para la educación de los suyos y el disfrute de los pequeños placeres honestos. No puede tener una alimentación sana y nutritiva en la que la carne y la leche no sean extraño artículo de lujo; le es imposible usar vestidos decorosos ni cómoda vivienda y sólo a costa de un verdadero sacrificio puede ir al cine o comprar periódicos y libros. Este salario de miseria que en el campo y en algunas poblaciones de los Estados, no llega a la cifra de cincuenta centavos, y que en las diversas industrias apenas pasa de un peso, no basta ni ha bastado jamás para el sostenimiento de la familia más humilde. Sin embargo, convenimos en que no en todas partes es tan aguda esa lamentable situación pues en las ciudades industrializadas la situación es menos mala y gracias a la reforma agraria que creó ejidatarios, disminuyó el número de jornaleros del campo porque éstos han evolucionado y mantienen ahora una mejor economía familiar, aunque no del todo exenta de privaciones. En algunas zonas, puede estimarse regularmente pagado el peón, como en el Distrito Norte de la Baja California, que tiene jornal medio efectivo de cuatro pesos; o en Quintana Roo, donde recibe más de tres pesos, aunque en esta última región, la inclemencia del clima, la insana vida tropical, la carestía de elementos, etcétera; neutralizan o anulan la elevación del salario. Pero fuera de las Entidades prenotadas y del Distrito Sur de la Baja California, donde el jornal medio asciende a

dos pesos, en los demás Estados cuando mucho se acerca a un peso cincuenta centavos, y en la mitad del país, la más extensamente poblada, no llega siquiera a un peso el mísero jornal de los trabajadores agrícolas.

En el obrero, la situación es en corto grado mejor en materia de jornales, pues el promedio de sueldo individual puede tasarse a primera vista en dos pesos; aún así, por la acumulación de seres humanos en las grandes poblaciones forzosamente debe enfrentarse a un costo de vida mayor que no baja por ningún concepto de cuatro pesos para una familia que conste de cinco miembros. En consecuencia, existe un déficit constante y por ello también este valioso elemento social se agota y parece dentro del ambiente de una absoluta escasez.

En cuanto a la clase medio burocrática y empleomaníaca, el caso es similar. Los salarios son igualmente insuficientes y el standard de vida, es decir, la escala de confort indispensable para una existencia como la que esa clase social merece, es más elevado del que los límites de los sueldos que recibe pueden darle. De este modo, su pobreza es parecida a la de los obreros y la gente del campo.

En resumen, la mayoría de la población de México está condenada a los sueldos y salarios actuales, a una existencia precaria y ruin, de la que no hay persona que no pueda convenirse con sólo echar una ojeada a su alrededor, o con saber el elevado número de individuos que recurren de una u otra manera, a las diversas instituciones de beneficencia de la República, las cuales, en múltiples casos, son incapaces de socorrer a los indigentes que pululan en las calles y sitios públicos y menos de ayudar efectivamente a los pobres vergonzantes que ocultan cuanto pueden su falta de recursos.

¿Cuál podría ser entonces un principio de remedio, una eficaz fase de alivio para la crisis porque ahora atravesamos?
¿Cómo hacer para que la mayoría de nuestros individuos ele-

ven su poder adquisitivo, y comprando cuanto hayan menester para una existencia normal, motiven el florecimiento del comercio, y de rechazo den vida a la industria y a la agricultura, aumentando la potencialidad de nuestra riqueza circulante? La solución se impone por sí misma: un aumento general de salarios, la desaparición de los sueldos de hambre que hasta hoy han privado como reminiscencia colonial difícil de extirpar.

La Revolución Mexicana ha contraído el compromiso solemne de realizar la felicidad de la mayoría de nuestro pueblo y para ello ha pugnado en su labor legislativa de carácter eminentemente social por el positivo encubrimiento de las clases laborantes, con la seguridad absoluta de que los altos salarios beneficiarán pronta, directa y enérgicamente todos los sectores de nuestra economía, porque, poseyendo el obrero y el campesino un mayor poder de adquisición, será costeable producir infinidad de artículos que por ahora, no son manufacturados debido a la falta de amplio mercado interior, circunstancias que aprovecha la bien organizada industria extranjera, para congestionar nuestros mercados efectuando el fatal “dumping” con excesiva producción en serie.

Es completamente necesario, como al principio hemos expuesto en someras palabras, que sin reparo se afronte este problema, y que el capital, por su propia conservación y su próximo futuro acrecentamiento, se resuelva a implantar una técnica superior de producción y eleve los salarios de los trabajadores. De este modo fortalecerá el elemento consumidor desfalleciente, quien ya repuesto le devolverá con creces la riqueza recibida por medio de sus miles de manos que comprarán todo lo que sea necesario o agradable. Buenos salarios en México serán siempre origen de mejor comercio para la producción que se lleve al mercado, lo mismo aquellos artículos absolutamente indispensables que los simplemente

bellos y útiles, porque el pueblo nuestro, a pesar de su pobreza inveterada posee, un amplio y generoso sentido del bien vivir.

II. *Necesidad de crear mayor consumo para nuestra producción industrial.* Con una población de dieciséis y medio millones de habitantes esparcidos dentro de una gran variedad de climas, que comprende casi todos los conocidos, y con ciudades, pueblos y ranchos que se cuentan por millares, el mercado de México debería tener en los capitales industrial, comercial y agrícola, una importancia definitiva con marcadas características de adelanto progresivo, ya que invariablemente cada persona es un consumidor mientras vive. Cuando menos, podría calcularse en ocho millones el número de individuos que incesantemente, de una manera efectiva, renuevan sus adquisiciones, y opinamos que no habría entonces industria en particular, inteligente y cuerdamente dirigida, que no prosperara con la labor de los miles de trabajadores que necesitaría, y el vigor de los fuertes capitales que le inyectaran vida. Desde luego florecerían en primero término las industrias de indumentaria y alimentación con sus numerosos sectores conexos. Sin embargo, no es esa la realidad sino que la verdad desconsoladora es el estado raquítico en que se halla un crecido coeficiente de nuestras fábricas, a pesar de lo laborioso de sus propietarios y no obstante la diáfana amplitud del mercado que tienen enfrente. Es que falta el dinero abundante en la circulación, es que no se ha satisfecho la necesidad de crear mayor consumo para nuestra producción industrial, circunstancia fatal por la que supera la competencia de la industria extranjera en serie y bien organizada.

En términos generales, los industriales mexicanos apenas empiezan a defenderse de la competencia extraña por medio de la baratura de precios o superioridad de la mercancía, pero en realidad el consumo a que pueden aspirar es tan estrecho,

que no obstante la deficiencia de su maquinaria o la falta de buena técnica alcanzan en ocasiones a congestionar los mercados con una insignificante sobreproducción muchas veces invendible. ¿Por qué? La respuesta es obvia: por la falta de poder adquisitivo en la gran mayoría de nuestros dieciséis millones y medio de habitantes. Es indudable que entre nosotros, por la causa señalada, siempre ha faltado un verdadero equilibrio entre la producción y el consumo, pues por la pobreza del elemento consumidor las industrias perecen, ya porque no producen lo suficiente para satisfacer nuestro consumo desordenado, ya por una sobreproducción que se manifiesta con alarmante facilidad. He aquí la causa principal de nuestro raquitismo.

No obstante, para el capital y el trabajo; para el progreso nacional y para la vida civilizada, es indispensable que el consumo no sea jamás estacionario o decreciente sino que suba continuamente hasta alcanzar sus límites racionales, y desaparezca el lastre que constituyen los grupos de individuos que apenas si alcanzan a comer frijoles y tortillas y a comprar anualmente unos cuantos metros de manta o percal, un reboso, un sombrero de palma y el tradicional pedazo de suela indispensable para la construcción de los guaraches, porque los zapatos hasta hoy, siguen representando un lujo inusitado para la mayoría de nuestra población.

Estamos obligados a levantar el nivel cultural de nuestra colectividad, para ponerla a la altura de los demás pueblos civilizados de la tierra. La industria y las explotaciones agrícolas, elementos de progreso material, son simultáneamente factores de pujanza económica y elevación cultural muy importantes; por eso sobre los capitalistas gravita la imprescindible necesidad de cooperar al desenvolvimiento de la civilización, al desarrollo de la riqueza colectiva, porque así fomenta y crece su propia prosperidad. Están obligados

ineludiblemente a no perdonar ningún esfuerzo, a fin de que la riqueza se multiplique y se extienda. ¿Cómo? No sólo perfeccionando la técnica de la producción sino multiplicando el consumo de los productos. Pero el ensanchamiento del consumo sólo podrá conseguirse proporcionando a los mismos consumidores los medios de aumentar su capacidad adquisitiva y se debe hacer hincapié en que los habitantes del país son forzosamente los más idóneos y seguros concurrentes a nuestros propios mercados. Resumiendo: la tarea máxima del capital mexicano y la del extranjero que convive con nosotros y de nosotros vive, es elevar la capacidad adquisitiva de los mexicanos para convertirlos en magníficos consumidores.

El progreso material de la vida, en último análisis, tiene su más vigorosa manifestación en la industria de las naciones. Si en México la industria es raquílica y la agricultura retrasada y no han logrado constituirse en expresiones de positivo auge nacional, es porque no han seguido un desarrollo paralelo al de los demás países civilizados y en consecuencia al aumento de la población donde subsisten. Muchísimas son las causas que han influido para que el desenvolvimiento sea lento y si uno de los factores es la falta de previsión de los empresarios, aun cuando puedan ser entre ellos incontables los casos de personas generosas y progresistas, el origen de nuestro estacionamiento se debe más que todo a la viciosa distribución de la riqueza, que desde la época colonial ha venido relegando a un estado de miseria a las grandes masas de trabajadores, las que por esa razón nunca han podido ser como debieran, el más importante elemento de consumo. Lo que necesitan la industria y la agricultura mexicanas no sólo es el adelanto técnico, sino el progreso general de todos los mexicanos sin excepción. El individualismo exagerado mantiene el atraso de nuestro movimiento evolutivo, que pudiendo ser el más adelantado de América por razón de su antigüedad, sigue tan enteco como

si aún nuestro país fuera colonia, reprimida en sus más naturales y legítimos impulsos por una incontrastable fuerza exterior.

Sin embargo, somos optimistas respecto a nuestra nacionalidad y nuestro futuro porque creemos que este estado puede cambiar; que el atraso ha de ser al fin sobrepasado. La mejor manera de dar principio a la tarea consiste en elevar los salarios de toda clase de trabajadores. No de otro modo se podría llegar a la prosperidad individual y colectiva y el mejor programa reconstructivo nacional será siempre el que comprenda en primer término una constante y general elevación de sueldos, sostenida por una producción también general e incesantemente perfeccionada, de positivo abaratamiento y sucesiva multiplicación, que vierte rápidamente sus productos en una colectividad de fácil y suficiente consumo, porque tiene dinero para efectuar las compras.

La Revolución Mexicana en su actual fase reconstructiva tiene al acrecentamiento de la fuerza y la riqueza del país y por lo mismo necesita que la industria no perezca ni se estacione, sino que se extienda y generalice. Además, la misma revolución no fue llevada al cabo exclusivamente por los campesinos aunque su más importante problema haya sido el de la repartición de tierras, pues también los obreros pusieron en la obra su espíritu y fuerza e igualmente sucedió con otros elementos de las demás clases trabajadoras. Por lo tanto, a todos corresponde recibir los beneficios de una obra en la que todos han sido colaboradores.

Necesitamos crear consumo para la producción industrial del país; pero esa situación sólo podrá alcanzarse cuando los habitantes de México estén en aptitud de ser los principales consumidores y para llegar a esa altura es indispensable que los salarios se hayan elevado.

III. *Salario mínimo de cuatro pesos.* Si antiguamente los capitalistas pudieron creer en su ignorancia que el mejoramiento de los trabajadores traía consigo el menoscabo de la prosperidad de su clase, y ese concepto equivocado de la realidad económica, hizo que ningún capitalista se preocupara por el alivio de las clases laborantes, concretándose sólo al acrecentamiento de su riqueza, después de la Gran Guerra tuvieron que rectificar aquellos conceptos y conceder general aceptación al hecho de que el destino de todos los individuos que forman una nacionalidad está íntimamente ligado y que la interdependencia, más que entre los pueblos, es efectiva y estrecha entre las clases sociales que los constituyen.

Entonces y al calor de las brillantes especulaciones de sociólogos y economistas distinguidos, surgieron hombres prácticos, generosos e inteligentes que abordaron en el terreno de la acción el problema de los buenos salarios, persiguiendo la doble finalidad de elevar las condiciones de vida de los trabajadores y promover el auge industrial a través del aumento progresivo del poder de adquisición de las colectividades.

El capitalista norteamericano Henry Ford, estampa en su interesante libro *progreso*, los siguientes conceptos definitivos: “Si se reducen los salarios en general, si los precios se estacionan y la producción se restringe de modo que los industriales utilicen cada día menos hombres, podemos considerar ultimando el progreso de los Estados Unidos de América, pues entonces el mundo de los negocios habrá confesado su incapacidad para proporcionar directores aptos que lo conduzcan a una prosperidad mayor y más extensamente difundida que puede abolir algún día la pobreza”... “Emplead más hombres aunque tengáis que pagarles menos jornales”. “Esta teoría obra precisamente en contra de los verdaderos intereses de la sociedad ya que favorece la pobreza. El hombre que gana dos dólares al día no dispondrá de sobrante alguno de

poder de consumo y no será un factor en el mercado. El de ocho dólares diarios tendrá poder de consumo y creará trabajo de tal suerte que los demás hombres obtengan empleo bien remunerados. No puede existir mayor sofisma que la creencia de que el empleo de grandes cantidades de hombres escasamente remunerados es humanitario o que ayuda al país. Lo que hace es contribuir a que la miseria sea universal”.

Y si el magnate angloamericano considera insuficiente el salario mínimo de dos dólares, que en estos días equivalen a más de seis pesos nuestros. ¿vamos nosotros a conformarnos con la penosa situación imperante en gran parte de la República donde el salario máximo no llega a \$150 descendiendo a veces hasta \$ 0.25 El ganado de las corporaciones del Ejército Nacional tiene asignada para forrajes la cuota de \$ 0.40 por cabeza. ¿Puede alguien encontrar justificación al sangriento absurdo de aplicar mayor cantidad de dinero a la alimentación de una bestia que a la de una familia humana?

Los trabajadores de todas las latitudes, en todos los tiempos han reclamado su mejoramiento con innegable derecho y los capitalistas inteligentes y humanitarios consideran la elevación del standard de vida, como la base angular del florecimiento económico. Debemos, pues, desear definitivamente y prontamente la vieja tesis egoísta de mantener en la miseria a la inmensa mayoría de la población sólo por el prejuicio fatal de que es más fácil hacer prosperar un negocio pagando bajos salarios que concediendo sueldos razonables.

Probablemente llegue a alcanzar un buen éxito particular en sus negocios el empresario que paga salarios de hambre, pero su triunfo no irá más allá del concepto económico-privado, toda vez que la nación donde tal sistema impere, será irremisiblemente pobre desde el punto de vista económico-político. En renglones anteriores hemos puntualizado el estado de miseria en que se hallan los obreros y campesinos de la

República y la necesidad apremiante de elevar su standard de vida como medio efectivo de hacer renacer al país sacándolo de la agonía en que se debate.

Consignaremos ahora nuestra opinión concreta y práctica sobre cuál debe ser en México el salario mínimo que se devengue en los campos y en las ciudades.

Cuatro pesos por ocho horas de trabajo debe ser el salario mínimo y cuando nuestro organismo económico haya normado su funcionamiento, descansando sobre aquella base, los salarios seguirán ascendiendo hasta llegar a un peso por cada hora de labor.

Comprendemos que el aumento de los salarios es un problema intrincado y complejo cuya solución feliz sólo ha de lograrse merced a una energía indomable, a constantes sacrificios y a mucha cooperación, pero no debemos seguir presenciando con pasividad “ghandiana” nuestra inmensa tragedia nacional a la que bien pudiéramos aplicar las frases de Greeley sobre Irlanda: “Saliendo de las ciudades, de cada diez casas no hay una propia para morada humana, pues son infelices chozas de zacate, piedra y lodo. Ni siquiera la mitad de los hombres tiene abrigo para cubrir sus espaldas y ni una persona entre cinco mujeres y niños posee un par de zapatos”.

De las tres categorías de salarios que hay: de hambre o miseria, de necesidad y de confort, el promedio mínimo que tenemos en México es casi dondequiera el primero, pues se ha calculado en \$ 1.06, abundando las Entidades en las que las percepciones en promedio descienden a \$0.60 y \$0.75 por una jornada excesiva.

Estudiemos la distribución que puede hacer una familia-tipo del salario de miseria que percibe su jefe:

Alimentación	\$ 0.52
Combustible	0.11

Indumentaria	0.18
Aseo	0.05
Habitación y gastos diversos ...	<u>0.20</u>
Total:	\$ 1.06

Veamos en seguida los satisfactores que debería adquirir una familia tipo para disfrutar de lo que pudiéramos distinguir como standard de necesidad.

Alimentación	\$ 1.85
Combustible	0.22
Indumentaria	1.15
Aseo	0.15
Habitación y gastos diversos ...	<u>0.73</u>
Total:	\$ 4.00

Es indudable que a la implantación del salario mínimo nacional de cuatro pesos se opondrán obstáculos aparentemente insuperables, tales como lo rudimentario de nuestras explotaciones industriales y agrícolas, las deficientes vías de comunicación, la falta de crédito suficiente, etcétera; pero es de tal magnitud la medida propuesta y sus beneficios sociales serán de tanta trascendencia, que de antemano está justificado cualquier sacrificio que efectuemos, porque ¿vamos a resignarnos inhumana y cobardemente a que el 60% de nuestra población continúe aherrojado en el estado de miseria en que cayó desde la época colonial y del que no ha podido emanciparse hasta el presente? ¿Hemos de sufrir estoicamente el decaimiento físico e intelectual de nuestra raza por la falta de alimentos sanos, bastantes y nutritivos? ¿No es acaso nuestra misión más alta y noble, la de velar por nuestra propia conservación y progreso? Habrá pesimistas o impacientes que sofisticadamente hallen irrealizable nuestro propósito de ele-

var el salario mínimo a la suma de cuatro pesos, pero nos adelantaremos a ellos recordándoles la enseñanza histórica de otros pueblos que han delineado proyectos cuya realización requiere más de una centuria y han tenido la pasmosa energía de llevarlos a la práctica, aportando de generación en generación mayor coeficiente constructivo. Además, la implantación del salario mínimo de cuatro pesos no es una utopía ni vago idealismo; es sencilla y llanamente una necesidad vital e inaplazable. Por desgracia, nuestro país ha sido víctima de dos fatales circunstancias correlativas: los bajos salarios y la industria rudimentaria. Así se ha establecido el círculo vicioso que constriñe a la colectividad entera: la industria no florece por falta de poder adquisitivo nacional y el poder adquisitivo nacional no aumenta por el lastre del rudimentarismo crónico de la industria.

Emprendamos, pues, con entusiasmo y fe la noble empresa de elevar a cuatro pesos el salario mínimo nacional y no descansemos hasta dar feliz término a la obra, porque ningún obstáculo será infranqueable si realizamos un coordinado esfuerzo y una acción incesante.

IV. Beneficios del salario elevado la economía nacional. Hemos ido señalando el desfavorable estado económico y social en que se debate la cifra más numerosa de nuestra población; analizamos la necesidad de elevar los sueldos y expresamos nuestra convicción firmísima de que el salario mínimo de cuatro pesos hará desaparecer el estado de miseria en que yace el pueblo. Tócanos ahora hacer una exposición, siquiera dentro de la brevedad de este capítulo, de los beneficios prácticos que los altos salarios aportarán a nuestra economía.

Como no se terminan aún las concentraciones de los datos captados en los censos recientes, carecemos de informes verídicos acerca de las peculiaridades de nuestra población, vién-

donos en la necesidad imperiosa de calcular con la mayor aproximación posible las divisiones demográficas de la industria y la agricultura. De los dieciséis millones y medio de habitantes con que cuenta la República, cuatro millones pueden considerarse como jornaleros y operarios. El salario de hambre actual tiene un promedio de \$1.06; pero como son muy numerosas las Entidades donde se paga menos de esta cantidad en distintas épocas del año y no todo el tiempo se trabaja en la agricultura, puede sentarse por base, únicamente para la demostración de nuestra hipótesis, que el monto del capital en circulación por ese concepto no es mayor de dos millones de pesos diariamente o sean setecientos treinta millones al año. Ahora bien, al fijarse en cuatro pesos el salario mínimo de los trabajadores de las ciudades y de los campos, el movimiento de dinero que habría en la nación, por el solo concepto de sueldos, llegaría diariamente a *ocho millones de pesos* o sean *dos mil novecientos veinte millones* al año. Basta imaginar la cantidad de dinero circulante bajo el plan propuesto, para convenir en que sería inmenso el número de oportunidades reales que se presentarían a la industria, al comercio, a la banca, etcétera, no sólo para fortalecer y multiplicar las instituciones y negocios existentes, sino para introducir infinidad de nuevas empresas que alcanzarían un completo éxito; negocios e instituciones que al presente constituiría un absurdo emprender, por nuestro estado de miseria colectiva, cuya consecuencia inmediata y lógica es la falta de fuerte demanda en el mercado.

El costo de producción, desde el punto de vista social, el capítulo de gastos meramente administrativos es algo importantísimo, porque, cuando aquellas erogaciones ascienden en exceso, determinan una injusta distribución de la utilidad total entre empresarios y braceros. Por tal motivo, mientras no podamos alcanzar una intensa producción de artículos

manufacturados, que reduzca los gastos administrativos; en tanto nuestra industria sea casi domiciliaria y la agricultura no pierda sus características anacrónicas, no podremos afrontar airoso, en los precios, la competencia de otros países en los cuales la técnica y fuerza cuantitativa de su industrialización reduce al mínimo los gastos administrativos, concediendo mayor volumen a los de la verdadera mano de obra.

El proteccionismo es uno de los recursos de mayor aplicación en todo el orbe. Sin embargo la protección de la industria nacional debe tener limitaciones precisas para evitar que surta un efecto diametralmente opuesto al perseguido, porque si determinada cuota arancelaria se aumenta desmesuradamente para proteger una industria ficticia, entonces ni obtiene el Gobierno los ingresos respectivos ni deja de introducirse al país el artículo gravado; lo único que sucede es que se fomenta el contrabando en gran escala y que el público consumidor sufre de todas maneras una fuerte carestía, tal como si se pagaran los derechos establecidos. Teóricamente no somos partidarios del libre cambio absoluto y menos en el terreno de la práctica, porque nuestro país no ocupa un lugar envidiable en la organización industrial del mundo; pero no dejamos de reconocer que si nuestras industrias merecen especial protección y ayuda por el estado embrionario en que se hallan, también es indiscutible que no debe encarecerse la vida de nuestro pueblo, elevando desproporcionadamente los precios de los artículos que no podrán producirse en México, mientras no se aumente el salario mínimo a la suma de cuatro pesos y llegue el poder adquisitivo nacional a tal altura, que sea costeable cualquier producción.

Con positivo acierto y verdadero patriotismo las diversas fuerzas vivas del país emprendieron recientemente una bien organizada campaña nacionalista buscando el mejoramiento de la crítica situación en que se debate nuestro pueblo, por

medio de la restricción de las importaciones. Los prácticos y valiosos beneficios de tal acción conjunta han sido debidamente apreciados por nuestra colectividad, que ha visto con beneplácito y satisfacción que como primer paso firme y lógico se haya pensado en que seamos nosotros mismos los productores de las mercancías que reclama nuestro propio consumo; pero aún alcanzando un éxito completo en tal sentido, es decir, evitando completamente las importaciones, no se resolvería el problema mexicano, que en su aspecto esencial es de falta de poder adquisitivo en nuestras grandes masas de obreros y campesinos. Por otra parte, sabemos que ningún país del mundo puede evitar en lo absoluto la importación de mercancías; pero si aceptáramos que México pudiera hacerlo, llegaríamos al siguiente resultado: en la actualidad existen en el país alrededor de cuarenta y nueve mil giros industriales, englobando en tal suma desde el modesto taller de zapatería establecido a domicilio, hasta las modernas e importantísimas fábricas de Nuevo León y Puebla. El capital invertido asciende en conjunto a \$1,005.000,000.00 y la producción anual se estima en \$922.000,000.00 en tanto que el monto de nuestras importaciones llega en un año a \$221.780,585.00. Luego, si evitáramos absolutamente en el comercio exterior las importaciones, nuestra industria aumentaría tal vez paralelamente a la suspensión, en un 24% y nada más. Desde luego nos parece importantísimo el beneficio social de tal aumento pero hacemos hincapié en que no se resolvería del todo la situación dolorosa de nuestros obreros y campesinos. Como los buenos salarios son correlativos a la industria evolucionada y de organización superior, necesitamos urgentemente llegar a ese estado de adelanto para poder tomar participación en el mercado mundial con los productos de nuestra manufactura, aprovechando la feracidad de nuestras tierras y el valor y cantidad de los recursos naturales. México está colo-

cado en una situación geográfica privilegiada; los principales océanos tocan sus extensos litorales, las materias primas abundan, la población no es excesiva pero sí bastante numerosa; todo favorece nuestro desarrollo; lo único que necesitamos son hombres de progreso y de acción que realicen el aprovechamiento de tantas riquezas, abandonando los métodos rutinarios y anticuados y aprovechando los dones de la moderna técnica industrial y agrícola.

Los buenos salarios beneficiarán directa e indirectamente a la agricultura nacional. Se nos dirá que entre el salario de miseria actual de \$1.06 que prevalece y el de cuatro pesos que sugerimos, hay una diferencia enorme; mas en primer lugar es requisito indispensable para la realización de nuestro plan el abandono de los métodos anacrónicos de cultivar la tierra, tales como el empleo del arado egipcio, la falta de irrigación, la ausencia de técnica, etcétera, determinantes de que nuestro rendimiento medio por hectárea en maíz, frijol y trigo sea tan bajo, que causa verdadero desaliento compararlo con el de otros países. El siguiente cuadro agrícola comprueba nuestro aserto:

Países	Kilogramos de rendimiento por hectárea		
	Maíz	Frijol	Trigo
Africa	3,550		3,240
Argentina	1,620		2,070
Estados Unidos	1,680	682	2,270
México	590	175	1,910
Lugar que ocupa México en la Producción mundial por hectárea	75°		45°

Hay, pues, imperiosa necesidad de modificar también los sistemas de cultivo agrícola y no debe temerse que el salario mínimo de cuatro pesos entorpezca, el cultivo de la tierra, porque si al presente sólo se consumen en México determinados productos, en cantidades pequeñas y a precios raquíuticos, cuando se paguen \$4.000,000.00 de sueldos y salarios, en lugar de cada millón que hoy se paga, aumentará en tales proporciones el consumo de los productos de la tierra, que así como al presente se nota una enorme diferencia entre los actuales salarios de hambre y el racional de cuatro pesos que sugerimos, también se observará una discrepancia formidable entre el mezquino consumo de hoy y la poderosa demanda del futuro.

V. *Organización de una campaña en pro de los buenos salarios.* En la serie de capítulos que damos por terminada con el presente, hemos procurado demostrar la imprescindible necesidad que tenemos en México del salario mínimo de cuatro pesos que, aun cuando a primera vista parece elevado, en realidad no lo es, pues bastará apenas para atender al sostenimiento del standard de vida decoroso de una familia obrera mexicana. El artículo 99 de la Ley Federal del Trabajo define con gran exactitud este asunto, al señalar que “Salario mínimo es el que atendidas las condiciones de cada región sea suficiente para satisfacer las necesidades normales de la vida del trabajador, su educación y sus placeres honestos, considerándolo como jefe de familia y teniendo en cuenta que debe disponer de los recursos necesarios para su subsistencia durante los días de descanso semanal en que no perciba salario”.

Como promedio, el costo de vida de una familia humilde se cubre aceptablemente con el salario mínimo de cuatro pesos, con las variantes naturales que origina la estancia en cada diversa región o zona del país. Por lo tanto, al proponer noso-

tros este tipo de salario mínimo en la República, hemos tenido en cuenta la urgencia de que la Ley del Trabajo sea cumplida en el postulado que citamos, que se funda en el impulso económico de todo ser humano para satisfacer sus necesidades físicas y morales.

Sin duda es difícil llevar a todos los espíritus el convencimiento de una buena idea, inmediatamente después que se ha sugerido. Un dilatado y complejo proceso de gestación hace que se retarde su desenvolvimiento en la mentalidad colectiva y los intereses creados al amparo del estado de cosas existentes, detienen en una lucha desesperada la marcha de cualquier progreso, máxime si éste es de índole económica.

Resulta, pues, que nuestro primer esfuerzo debe encaminarse a procurar que las ideas expuestas se adueñen primero de todos los pensamientos para que en seguida cristalicen en la acción.

¿A quiénes corresponde propagar nuestra tesis en favor del salario mínimo de cuatro pesos? Indudablemente que en primer término al conjunto de hombres que la pondrán en práctica; pero al mismo tiempo a otros sectores nacionales, entre los que se halla el del pensamiento, formado por escritores, periodistas, políticos y demás miembros de la clase intelectual. A todos ellos nos dirigimos, para que pasando por alto las dificultades que en el terreno de la acción puedan presentarse, pongan todas sus fuerzas y empeño en el estudio de dichos obstáculos y la manera de vencerlos.

Si los grupos que mencionamos son importantes para nuestra tarea de convencimiento, más lo son quienes dirigen la marcha de nuestro país. Por tal razón, esta excitativa se dirige también a los industriales, agricultores, banqueros, etcétera, y a todos los organismos gubernamentales. A esos factores de progreso en lo particular y al conjunto en lo general corresponde convencerse, convencer y trabajar por tantos cuantos

medios estén a su alcance, a fin de que el salario mínimo de cuatro pesos sea una realidad pronta que aumentará como hemos expresado anteriormente la circulación de la riqueza nacional y hará surgir el bienestar que todos los hombres ambicionamos.

Debemos organizar esa campaña nacional y para tal obra nos es imprescindible la cooperación y completa armonía de todas las fuerzas vivas del país. Presidentes municipales, funcionarios elevados que dirigen los destinos de la nación, industriales, agricultores, comerciantes, etcétera, todos deben aportar su contingente en esta obra de indiscutible beneficio colectivo.

Una acción de conjunto, empezada bajo tan buenos auspicios y seguida sin descanso ni desmayo hasta alcanzar su feliz realización, será de indudables buenos resultados y motivará el renacimiento de nuestra decaída riqueza nacional, elevándola hasta el justo nivel en que debe hallarse, puesto que se trata de un pueblo como el nuestro, que bien merece estar, si no en la cúspide del poderío y la riqueza, cuando menos a la altura a que ha llegado la mayoría de las naciones cultas.